

cordar los imperativos de aquélla con las exigencias de ésta, y, sobre todo, con la existencia de la cultura. Pero esto implica, y en otra ocasión intentaré desarrollarlo, el no hacer de la religión una cosa aparte, y mucho menos algo cuyo ministerio quepa delegar, sino una vida íntima del espíritu que se difunda en las actividades todas de éste, animándolas, algo hondamente personal que informe nuestras acciones todas, un modo de sentir, pensar y obrar, más que un complejo de ideas y de prácticas definidas e impuestas por una autoridad externa. Y digo externa, porque la suprema autoridad, la que, abreviando largas y prolijas explicaciones, puede llamarse la autoridad de Dios, aunque los que no admiten la existencia de Este la llaman de otro modo, esa autoridad no es externa. No siendo así, separando a un número de hombres de todos los demás para ungirlos como ministros de religión e imprimirles como a tales carácter indeleble, es forzoso que los tales sacrificuen el patriotismo a la religión, máxime si la religión que profesan tiene por carácter la catolicidad, el no ligarse a diferencias de nación ni pueblo.

*Enero de 1904.*

## LA SELECCIÓN DE LOS FULÁNEZ

LOS Fulánez están llamados a desaparecer, si la ley de la nivelacion y el equilibrio no lo remedia. Bajo este apotegma, enigmático a primera vista, se oculta un fenómeno social de tan inmensa trascendencia y de tan no menor enseñanza, que bien merece filosofemos un poco acerca de él.

No bastan todos los días de la vida de un hombre para decir y aun cantar la excelencia y trascendencia del nombre, empezando por lo de que en el principio fuese la palabra. El nombre es, en cierto hondo sentido, la cosa misma. Dar nombre a las cosas, como hizo Adán, es conocerlas y apropiárselas. El nombramiento es el acto de posesión espiritual.

Carlyle, en el capítulo 1, *Génesis*, del libro II de su *Sartor Resartus*, dice:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
C. P. 1625 MONTERREY, MEXICO

«Porque lo cierto es que, como con insistencia repetía Walter Shandy, hay mucho, casi todo, en los nombres. El nombre es la primitiva vestidura en que envolvéis al *yo* que visita la tierra; vestidura a que se adhiere desde entonces más tenazmente que a la piel misma, porque nombres hay que han durado casi treinta siglos. Y ahora bien: ¿qué mística influencia no debió de enviar desde afuera a dentro, al centro mismo, especialmente en aquellos plásticos tiempos primitivos en que el alma era todavía enteramente infantil, blanda, y en que tenía que crecer la invisible semilla hasta llegar al árbol de plena sombra! ¿Nombres? Si pudiese desenvolver la influencia de los nombres, que son lo más importante de toda vestidura, sería yo un segundo Trismegisto. No ya sólo el lenguaje común, sino la ciencia, la poesía misma, no son otra cosa, si se considera bien, que un recto *nombrar*. La primera tarea de Adán fué la de dar nombres a las apariencias naturales, y ¿qué es la nuestra todavía sino una confirmación de lo mismo, sean las apariencias exóticovegetales, orgánicas, mecánicas, estrellas o movimientos estelares (como en la ciencia) o (como en la poesía) pasiones, virtudes, calamidades, atributos divinos, dioses? — Con un sentido muy llano dice el proverbio: *llama a uno ladrón, y robará*; en un

sentido casi semejante, ¿no podríamos acaso decir: *llama a uno Diógenes Teufelsdröck, y descubrirá la filosofía del vestido?*»

He aquí un sugestivo pasaje del exagerado humorista Carlyle; del exagerado digo, queriendo decir con ello del genial, del intuitivo. En lo de humorista no nos detengamos, porque eso del humorismo es, dígase lo que se quiera, casi incomprendible en España, donde se toma por *humour*, ya la ironía, ya la sorna, ya cierta sátira, o socarrona o redomada. Los genuinos humoristas parecen gentes en delirio a cuantos aquí se consumen en la lenta fiebre de la anemia acompasada. Volvamos al hilo.

Sí; el nombre es en un sentido hondo la cosa misma, y jamás se ha dicho disparate mayor que aquel de que *le nom ne fait pas à la chose*, ni aun aquel otro de que el hábito no hace al monje. Sí; el hábito hace al monje, y el nombre no sólo *hace a la cosa*, sino que, en limpio y neto castellano, hace la cosa. Nombrar es conocer, y para nosotros es hacer la cosa, hacérnosla. El concepto mismo, ¿es, en rigor, algo más que el nombre?

Un concepto individual, puramente individual, apenas es algo positivo ni cosa viva y fecunda, mientras no se trasmita, haciéndose por transmisión colectivo, social. Y el concepto sólo se tras-

mite mediante el nombre, su cuerpo en un cierto sentido, pero en otro sentido no menos cierto, su alma, su verdadera alma. El nombre es, pues, el concepto socializado, el oro acuñado. El nombre, y sólo el nombre, es lo que en un concepto queda si de él sacas las sendas representaciones concretas que cada uno nos formemos del mismo. ¿Me llamas por esto que digo nominalista? Entonces me haces tal, al llamármelo.

No hay que darle vueltas: sólo sabiendo cómo se han formado en los pueblos los nombres de los conceptos, llegaremos a descubrir su realidad externa, porque ¿qué otra cosa puede ser su externa realidad sino la causa que ha producido en nosotros esos conceptos? La filosofía se reduce a la ciencia de la generación de las ideas, a la *ideogonía*, y la ideogonía que quiera tener valor objetivo, a la ciencia de la generación de los nombres, de los conceptos socializados, a la *onomatogonía* o lingüística honda. Llevamos las ideas encerradas en nombres; el nombre es la botella de Leyden de donde la idea surge y en que se concentra. ¿Por qué los neolatinos llamaron a la fuerza con este nombre, fuerza, *fortia*, y no con otro? He aquí una cuestión más honda que todas las disertaciones logomáquicas respecto a lo que la fuerza sea en sí.

Mas siguiendo en esta línea de reflexiones, iríamos de abismo en abismo. Acordémonos, pues, de los pobres Fulánez que nos esperan a que bajemos de la nebulosa filosófica, y vamos a buscarlos.

Si el nombre es misterioso y preñado de vida, ¿qué no es el nombre propio, la denominación de cada individuo humano sufriente e insustituible por otro él!

«No era delicado el que se permitiesen aquel chiste con mi nombre —dice Goethe en *Poesía y Verdad*, II, 2—, porque el nombre propio de un hombre no es como una capa, que se la cuelga uno y a la que cabe deshilar y desgarrar, sino que es el vestido que se ajusta del todo; aún más, es como la piel misma que ha crecido con uno, a la que no se puede arañar ni arrancar sin herir al hombre mismo.»

Toda tu vida, desde que alboreó tu conciencia, te han llamado por tu nombre, y a ti mismo te has llamado tal vez por él, por él te conoces. Antes de decir: *yo*, «yo quiero ir al jardín», dijiste acaso: «Juanito quiere ir al jardín», y en momentos solemnes te dices: Mira, Juan, no hagas eso, que te pierdes si lo haces. Estando un día a solas, ante

el espejo, de noche y en silencio, pronuncia quedo, para ti solo, tu propio nombre, y es fácil que seas testigo de un fenómeno de desdoblamiento que pone espanto y que nos sume en profundo nominalismo.

¿No asegura nuestro apreciable Spencer, en su ensayo acerca del origen del culto a los animales, que los nombres propios fueron el principio de las religiones al identificar el nombre con la persona nombrada? ¿No sostiene muy serio que los descendientes del llamado el *Lobo* acabaron por creer que descendían de un lobo entero y verdadero, al que rindieron culto? ¿No nos cuenta Max Müller, el onomatólogo, que la mitología brotó de la fusión entre el nombre y la cosa nombrada, de la sustantivación del nombre y de su sustancialización? Y ten en cuenta que ni Spencer ni Max Müller son humoristas.

El nombre propio, amigo Juan Pérez y Sánchez, es un misterio mayor de lo que acaso te figuras, harto como estás de llamarte Juan, y cosa que te parece la más natural del mundo. Ese tu nombre, Juan, significó en un tiempo algo vivo, y hoy nada quiere decir ya; es un mero asignado, sin valor intrínseco. Pero ¡no!, aún lleva en sí la aureola de todos los grandes Juanes, desde el Bautista y el Evangelista, y el deo de Juan Lanás, de Juan

Pueblo y de Juan Soldado. Aún te choca un Benigno maligno, un León cobarde, un Ángel demoníaco, un Bienvenido que llega a destiempo, un Casto corrido; pero no te fijas en un Federico nada pacífico, ni en un Epifanio oscuro, o en un Aniceto vencido, porque nada te dicen los nombres éstos.

Y, la verdad, más vale que no te digan nada, amigo Pérez, porque estos nombres significativos son tan ventajosos por el hecho mismo de serlo, como es ventajosa en la ciencia la terminología griega, que, no evocando en nuestra conciencia corriente y espontánea idea alguna vulgar por la asociación de un nombre, no impide la evolución del concepto científico. ¡Cuán lejos no están las *matemáticas* de lo que la etimología de su palabra designa!

En rigor, a los hombres, como a los libros, de ser los nombres significativos, debían ponérselos *a posteriori*, después de nosotros acabados. Y, sin embargo, el título suele ser lo primero y, no pocas veces, lo único; y más en tiempos de literatura caleidoscópica. El hombre suele ser hijo de su nombre, y no de sus obras. Tu nombre es tu estrella.

Pero volvamos, es decir, vámonos ya a los Fúlánez, que dentro del nombre propio son apellidos, que vale tanto como decir llamadas.

La relación entre el nombre de pila y el apellido es ya de por sí algo instructivo, y, lo que vale más que instructivo, sugestivo; tan sugestivo, que sugirió no pocas reflexiones al bueno de Fustel de Coulanges, de quien supongo habrás oído hablar.

Porque este señor vió, como otros muchos lo habían visto ya; revió, digamos, que entre los romanos la unidad de nacimiento y de culto se señaló con la unidad de nombre, transmitiéndose el del antepasado de cada *gens*, de generación en generación, y perpetuándolo con el mismo cuidado con que perpetuaban el culto. El *nomen*, el nombre propiamente tal, correspondía a lo que hoy llamamos apellido, era la denominación familiar, la de la *gens*; el *cognomen* o co-nombre, nuestro segundo apellido, como si dijéramos, era el de cada rama de la *gens*, y lo último, lo individual, lo que es hoy nuestro nombre de pila, el *agnomen*: Cayo, Tito o Quinto, es decir, Pedro, Juan o Diego. El nombre verdadero, el oficial, el sagrado, era el *nomen*. Y lo mismo fué en Grecia.— Pero llega el cristianismo, y se vuelven las tornas al sobreponerse la persona individual, la redimida, la que se relaciona con Dios. En la Edad Media, hasta el siglo XII, el verdadero nombre era el del bautismo, sin que llegaran hasta más tarde los apellidos patronímicos, solariegos o de mote.

Todo al revés que entre los paganos, diferencia que consiste —dice nuestro Fustel de Coulanges— en la diferencia de ambas religiones, ya que para la antigua la familia era el verdadero ser viviente, cuyos son miembros los individuos, y para la nueva es el individuo el libre e independiente. Los paganos partieron del apellido, del nombre de pila los cristianos, que en las edades de robusta fe apenas se llamaba cada uno de ellos Pedro.

¡Nombre y apellido! Elemento religioso y doméstico de un lado, elemento civil y público de otro. Para tu mujer eres Juan; para los periódicos, el Sr. Pérez.

De todo hemos menester, de nombre y de apellidos. ¿Qué es conocer una cosa sino clasificarla? Aquí tienes al abejorro sanjuanero. En muchas regiones sólo de apellido le conocen, llamándole abejorro, como a tantos otros coleópteros; en otras le conocen familiarmente por sanjuanero, por jorge en Santander, *cochorro* en Bilbao. ¿Le llamas *melolonta*? Es que le conoces librescamente, y en griego para mayor claridad. ¿Añades *vulgaris*? Le conoces mejor aún, ¡y tanto mejor! ¿Agregas lo de *lamelicornio*, *tetrámero*, *coleóptero*, etc? Cuantos más apellidos le des, presupones que le conoces mejor la parentela.

¡Cuánto puede decirse del nombre! Del nombre

en su relación con el hombre. ¿Se hace el hombre el nombre, o hace el nombre al hombre? He aquí un bonito tema de discusión. El nombre es, en esta edad del crédito y del papel moneda, el hombre socializado y acuñado. ¿A qué se aspira en el mundo, quiero decir en el siglo, sino a hacerse un nombre, a adquirir re-nombre, a salir del montón anónimo? El noble, *no-bilis*, es el que se debe a su nombre, *no-men*, derivados ambos, nombre y noble, de la misma radical *no-*, *gno-*, conocer. El nombre es la cualidad del noble, la ejecutoria de su nobleza. Noble significa, etimológicamente, conocido; y nombre, conocimiento.

Todo lo que atribuyes a un escritor sueles atribuirlo a un nombre, no a una persona. Del nombre podemos decir lo que de la fabricación de cañones aquel sargento de artillería, que así como Mr. Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, así él hegelianizaba sin darse de ello cuenta; sargento que decía a un soldado que para fabricar un cañón no hay más que cojer un agujero cilíndrico y recubrirlo de acero. Así, revistiendo nombres, hacemos personas.

Entramos ahora en lo más sugestivo de nuestra sinuosa incursión, en la diferencia entre nombre y firma, diferencia que borra la que entre la denominación pagana y la cristiana señalábamos. El nombre precede al personaje, aunque siga a la persona; la firma sigue a aquél. La firma es el nombre monetizado en el mercado literario, esto es, en la feria de las vanidades.

Ya en el período de mero nombre, de larva, da disgustos la indiscernibilidad del vulgar, y a menudo habrás visto, amigo Juan Pérez, que se acerca a la redacción de un periódico D. Pedro Sánchez Alonso, a que se haga constar que no es el Pedro Sánchez Alonso a quien prendieron por timador.

Pero la lucha, la lucha viva, con su serie de sugestivas estratagemas, empieza así que los nombres se convierten en firmas por el hecho de pasar los hombres privados a públicos. Entonces nace la lucha por la distinción, es decir, por la subsistencia. La firma propende a distinguirse de las demás, a ser inconfundible, a grabarse en la memoria del público. Y de aquí arrancan todas las vicisitudes públicas de los Fuláñez, Mengáñez, Perengáñez, Perencéñez, etc.

La firma Burgundófero Rataflutis tiene más probabilidades de adherirse a la memoria de las gentes que la que no pasa de Juan Fernández. Basta fijarse una vez en la firma de Fiacro Irai-zoz, para no volver a olvidarla; y en cambio hay quien, en vez de firmar X, firma José Sánchez.

Empieza la lucha por la distinción. Los Fulánez se defienden, y con razón, guiados por la sobrevivencia de la firma más apta para ser recordada. Y ¡qué de expedientes no les sugiere el genio de la especie! Acuden a fusiones, a injertos, a elisiones, hasta a casos de mimetismo. De dos apellidos vulgares hacen un compuesto menos vulgar, según la proporción de las combinaciones binarias, y así resultan un Fernández y González, un Alonso Martínez, un López Dominguez, un Martínez Campos, un Sánchez Pérez, un López Núñez. Pasan luego a suprimir la conjunción *y*, que a la vez que une disyunge o desune, como en el López Domínguez citado; v. gr., D. Marcelino firma Menéndez y Pelayo, pero todos le llamamos Menéndez-Pelayo. Otras veces substituyen la conjunción *y* con la preposición *de*, y es que el apellido que lucha, el *vulgaris*, se apropia al segundo mediante el acto posesivo que el *de* implica, de donde tenemos Martínez de la Rosa, Núñez de Arce, Giner de los Ríos. Casos hay en que la fu-

sión se hace más íntima mediante un guioncito; guioncito que acaba por caer, formando un Navarrorreverter, apellido verdaderamente aglutinante. Del Sr. Rubau y Donadeu he oído decir que sufre verdadera obsesión aglutinativa, y que, en virtud de ella, consigna con su lápiz en periódicos y escritos su firma, uniendo sus apellidos si van desunidos, y añadiendo el Donadeu al Rubau a secas. Y hay casos, en fin, de conjunción, de verdadera *conjugación* plástica, como la de protozoarios, de enchufamiento; y así tenemos Garcí-Arista; o Fernanflor, de Fernández y Flórez, firma esta última flexiva ya.

El día menos pensado resucita la ocurrencia de los humanistas del Renacimiento, que traducían sus apellidos: Melanchthon, Erasmo, Ecolampadio, eran traducciones al griego de sus nombres indígenas. Si esta costumbre arraigase, un Ibáñez (descendiente de Juan o Iván), anglicanizado, podría firmarse Johnson. Y a este propósito recuerdo que, en una visita que hizo el marqués de Cerralbo allá a mi tierra, a Vizcaya, le llamaban, en un prospecto escrito en vascuence, marqués de Muñuzuri, esto es, de cerro albo o blanco. Lo mismo podrían llamar Madariaga a Pereda, o, en Castilla, Manzanedo a Sagasta, ya que manzanedo o manzanal es lo que en vascuence significa *sagasta*:

Y, después de todo, ¿qué es Daudet, esto es, D'Audet, sino nuestro Audet catalán; y Daguerre, qué más que nuestro Aguirre vasco? ¿Quién no sabe que Marat era hijo de un español, Mara?

Tampoco falta quienes, viceversando lo consuetudinario, corroboren su apellido con el de su mujer, como aquel personaje de *El lirio en el valle*, de Balzac, que, teniendo la debilidad de llamarse Durand, dió en el ridículo de renegar del nombre de su padre, ilustre fabricante enriquecido en la revolución; y habiéndose casado con la única heredera de los Chessel, antigua familia parlamentaria y burguesa, bajo Enrique IV, quiso matar su Durand original para llegar a los destinos en que soñaba, y «*il s'appela d'abord Durand de Chessel, puis D. de Chessel; il était alors monsieur de Chessel*». Este buen señor hizo de sí lo que del pobre Ocaña hizo la gente: que, conociéndole tan sólo por marido de su mujer, a quien llamaban *la de Ocaña*, se le conocía a él, a Ocaña, por *el de la de Ocaña*.

El caso de D. de Chessel, contado por Balzac, nos lleva al caso de D. Bécquer, y a la idea central de esta digresión: la suerte de los Fulánez.

Los Fulánez, en efecto, están llamados a desaparecer gradualmente, reduciéndose antes a iniciales. Un Domínguez y Bécquer suprime la *y*,

y hace apellido compuesto; su hijo reduce el Domínguez a D., órgano sin función, mero pendejo orgánico, como los dedos superiores del toro, y luego ese órgano acaba por desaparecer. Y así tenemos al poeta Bécquer, que era un Domínguez liso y llano. Si en Alemania naciese un Bécquer Domínguez, es lo más fácil que se quedara en B. Domínguez. Aquí los casos son tantos, que dejo que tú, oh mi buen Juan Pérez, repases en tu memoria los que recuerdes.

El pobre Fulánez se hundió en el olvido pasando por vergonzante F., ahogado por un distinguido Maciñeira, Gaztañazagojeascoa, Belllloc, o lo que fuese. Ahí tienes a D. Práxedes Mateo, a quien todos conocemos por Sagasta, y por Sagasta se hubieran conocido a sus nietos en línea recta. A D. Benito Pérez Galdós, todos le llaman Galdós a secas.

Recuerdo a este propósito que un botánico muy sabihondo construyó toda una teoría científica, aunque no botánica, sobre el olvido de esta ley de la gradual desaparición de los Fulánez, de cuyo cabal desarrollo solicito la prioridad. Decía el buen hombre que en todos los países cultos se observa cómo entre las notabilidades están los apellidos extranjeros en proporción mayor que el elemento extranjero en el país en general, de

donde deducía un sin fin de cosas respecto a las ventajas del desplante, a la superioridad en cada país del elemento alienígena sobre el indígena, y otras zarandajas por el estilo. Olvidaba el sabio en cuestión que hay muchos exóticos Bécquer que son castizos Domínguez. Sucedíale lo que a cierta comadre que me aseguró una vez que los niños a quienes se retrata no llegan a adultos, aserción que me dió en qué cavilar hasta que di en un su fundamento lógico, y es que cuando el niño retratado vive se arrincona, por lo general, el retrato, y sólo se cuelga éste en la sala cuando el original se muere; de donde, como los retratos que se ven expuestos suelen ser de los niños que murieron, y no se vean los retratos arrinconados, se dice: retrato a la vista, original muerto; *ergo* todo niño a quien se retrata muere joven. Aquí del armónico Bastiat y de su famoso «lo que se ve y lo que no se ve», que tanto gusto dió en otra temporada.

Por supuesto, que esta luminosa ley de la selección de los Fulánez no explica hechos, verbi-gracia, como el de nuestros generales Porlier, Lacy, O'Donnell, O'Ryan, Olawlor, Weyler, etcétera, hecho que tiene otra explicación en la milicia mercenaria y de exportación en un principio, y hereditaria después. Libreme Dios de caer en

el feo pecado de los descubridores de leyecillas de tres al cuarto, que se empeñan luego en universalizarlas, haciéndolas perejil de todas salsas.

Ábrenos otra vía de reflexiones sin cuento en cuanto entremos a dilucidar cómo la costumbre se sobrepone al derecho escrito, lo orgánico a lo sistemático.

Pocas cosas parecen más sujetas a papeles oficiosos y a registro notarial que el nombre, y, sin embargo, apenas habrá apellido que se haya transmitido íntegro por transmisión legal durante cuatro generaciones. A cada paso ocurre el que se necesite información posesoria del propio nombre. No sirven jacobinismos mientras no nos apliquen una nomenclatura química. El mote mismo, el alias, origen de tantísimos apellidos, se está colando todos los días en éstos, hasta adquirir existencia legal, derecho de ciudadanía. A don Diego Sánchez, por ser hijo de una mandadera de monjas agustinas, conocida la tal mandadera por Agustinas, se le conoce por D. Diego Sánchez Agustinas, y como apellido lo usa, y para usarlo legalmente hizo información posesoria de él. Y aún hay casos más curiosos, como el de D. Antonio Gómez, el boticario. El cual boticario tuvo un

practicante apellidado Tordo, por quien el público conocía la botica, vulgarmente *botica de Tordo*; puso en el rótulo de ésta «Farmacia de Gómez y Tordo», y hoy figura como de los hijos de Gómez y Tordo. ¿Y si, pasando por G. Tordo, llegasen a Tordo a secas los que de éste nada tienen?

La inserción del término solariego se cumple hoy en día, y oyes decir Pedro el de Casavieja, y luego, a secas, Pedro Casavieja.

En realidad, eso de la transmisión en línea masculina del apellido paterno es una convención que induce a errores, porque José López, hijo de Pedro López, hijo a su vez de Martín López, y éste hijo de Manuel López, y el Manuel de Tomás, no es más descendiente de este Tomás López, su tatarabuelo, que de Rufino Rupilanchas, otro de sus ocho tatarabuelos, y esto despreciando en el cálculo a las hembras, que no es poco despreciar.

Sucede con esto como con los ríos: que se enseñan los manuales en que tengan una sola fuente, como si no nacieran de toda una cuenca; y así enseñan que el Ebro nace en Fontibre, cerca de Reinosa, como si no naciese lo mismo en casi toda la vertiente española de los Pirineos. Al llegar a Tortosa es tan Cinca, Segre, Erga, Gállego, etc., como Ebro.

Lo que va acrecentando el Ebro en cada casamiento con otro confluente no es tanto su caudal acuoso como su nombre. Cada sobrevivencia de éstas le pone en mejores condiciones de sobrevivir en el próximo encuentro. ¡Y aquí sí hay que estudiar, amigos sociólogos!

Y aquí conviene advertir que esta representación lineal de la genealogía humana o fluvial se fomenta con la fatal tendencia itineraria de nuestro espíritu, tendencia que nos lleva a representarnos linealmente los procesos ramificados, o, más bien, tejidos en complicadísima urdimbre. ¿Qué otra cosa que fruto de esta tendencia mental itineraria es el figurarnos las opiniones políticas en serie lineal, desde la que llamamos más avanzada, el anarquismo, hasta la que se nos antoja más retrógrada, el integrismo? De esta representación serial nace aquella inmensa tontería de que los extremos se tocan. ¡Efecto acaso todo esto en gran parte de nuestra educación con antojeras, que nos impiden ver los senderos y veredas que, festoneados de verdura y fronda, parten del camino de herradura por que nos guían, a la vez que abocan a él! Pero no debo abusar yo tampoco de mis tendencias ramificantes, y aun de vagabundeo y divagación, y sin andarme en ires y venires, a diestro y siniestro, como perro de ojeo,

me vuelvo al carril; quiero decir, que voy a ver si atrapo el hilo central de mi tan festoneada disertación. Pero antes permítaseme exclamar por vía de desahogo: ¡cuán grata me es, ay, la errática divagación sugestiva, y cuán insoportable la metódica disertación instructiva!

Sí; la realidad invade la convención, y no se logra cristalizar lo vivo. Conocí un tal Vicente Vicente y Vicente, a quien en el pueblo se le llamaba Treviceinte; ¿no pudo, acaso, adoptar este apellido y legalizarlo en debida forma? No sirven, no, cartas ejecutorias ni árboles genealógicos más o menos amañados por reyes de armas. Impónense siempre, y dondequiera, las leyes naturales de la evolución, con su lucha por la subsistencia, su adaptación al ámbito, su selección y sobrevivencia del más apto, su atrofia del órgano sin fusión, con sus alamares y agremanes todos. Se ve que, así como en geología las mismas causas que siguen hoy obrando son las que en los pasados siglos produjeron los terrenos estratificados, así también sucede en las estratificaciones genealógicas, en que a los mote de un tiempo, cristalizados ya legalmente, vienen a adherirse los actuales apellidos en potencia; es decir, los mote nuevos. ¿Por qué te ofendes del mote si tu apellido fué acaso mote en uno de los bis-

abuelos de tus bisabuelos? Él fué Cabezón; tú, llamándote así, eres tal vez Cabecita; ¡váyase lo uno por lo otro!

Y ¡qué de cosas no se hacen con el nombre, no ya en selección natural, como la descrita, sino en verdadera selección artificial, en cultivo de estufa! Bien decía Pasquín, el de *El Ingrato*, de Calderón, que

Si a un padre un hijo querido  
a la guerra se le va,  
para el camino le da  
un Don y un buen apellido.

El que Ponce sea llamado  
le añade luego León;  
el que Guevara, Ladrón,  
y Mendoza el que es Hurtado.

Yo conocí un tal por cual  
que a cierto Conde servía  
y Sotilla se decía.

Creció un poco su caudal,  
Salió de mísero y roto,  
hizo una ausencia de un mes,  
conocíle yo después,  
y ya se llamaba Soto.

Vino a fortuna mayor,  
eran sus nombres de gonces,  
llegó a ser rico, y entonces  
se llamó Sotomayor.

Pero volvamos a nuestros Fulánez y a la suerte selectiva que les espera. Quedábamos en que en la lucha por la distinción tienden a desapare-

cer los Martínez, Fernández, Pérez, López, Sánchez... y sus compañeros los García y otros. ¿Cómo acabará esto? Como dicen los perfectos manchesterianos que acaban cosas tales, en que las cosas vendrán de por sí, automáticamente, a equilibrarse. A medida que vayan desapareciendo irán haciéndose más raros, y perdiendo, por lo tanto, la razón de su desaparición, con lo que quedarán los restantes en mejores condiciones de lucha por la distinción. (Aquí del tan acreditado símil de los vasos comunicantes.) Los que no hayan llegado a firmas o los que se hayan sostenido en ellas con estoica entereza, arrostrarán el vendaval y se levantarán un día solos con el santo y con la limosna. Los últimos serán los primeros. Y así llegará tiempo en que un Pérez, un Fernández o un Sánchez serán tan poco comunes, tan inconfundibles, como un Rataflutis, un Schmarotzender o un Unamuno.

¡Horror! —exclama aquí mi buen Juan Pérez.—  
¡Horror! ¡La nivelación en perspectiva! ¡El reparto equitativo de los apellidos! ¡Su distribución en porciones numéricas iguales! ¡El socialismo nominal! ¡La muerte de toda distinción! ¡La muerte de la iniciativa! ¡Un Juan Pérez como yo, tan distinguido como un Fiacro Iraizoz, o un Vital Aza, o un Tirifilo Echaluze! ¡Horror!

Mas podría suceder que, en virtud de la velocidad adquirida, tomasen los Fulánez un hábito a desaparecer que de tal modo se les arraigara, que no quedase ya redención para ellos. ¿Te choca este hábito, amigo Juan Pérez, y crees que he querido meter también lo del hábito? Pues no te extrañes del hábito a desaparecer, porque los alienistas hablan de manía suicida hereditaria.

Si los Fulánez contrajeran manía suicida, llegaría tiempo en que un Sánchez, un López, un Martínez, serían lo sumo de lo raro, lo inaudito, y entonces, entonces verán sus tataranietos, amigo Juan Pérez, a los Rataflutis, los Iraizoz y los Unamunos, convertidos acaso en apellidos vulgares, buscando en sus papelotes genealógicos una humilde S., una M. escondida, una F. trasconejada en tal firma de tal tatarabuelo para infundir función en el pobre órgano atrofiado y resucitar un Sánchez, un Martínez o un Fernández entonces distinguidísimos. ¡Por algo aseguran que el órgano atrofiado conserva su función en potencia! Algo significa la fábula aquella del pobre padre que, abandonado con su hijo, mamoncillo aún, logró, a fuerza de cariño, de voluntad y de tiempo, sacar leche de sus atrofiadas mamas masculinas.

Y mira, mira cómo al cabo de los años mil

vuelve el agua a su cubil; mira cómo las firmas tendrán que volver a remozarse al fondo inextinguible de los humildes apellidos rurales, a la masa protoplasmática. Así, acaso el sobre-hombre nitzscheniano del siglo XL tendrá que refundirse en el famoso batibio haeckeliano para recobrar nueva vida.

Pero no hay que temer nada de esto, gracias a esa horrenda nivelación, a ese reparto esterilizador de que te horrorizabas, amigo Juan Pérez. Merced a él no necesitarán los altivos ricos ir a casarse con los empobrecidos y olvidados; gracias a ese triunfo de la mediana, no será preciso el tocarse de los extremos, que podría dar de sí una mezcla explosiva. El temido socialismo evitará la fusión de la aristocracia con la plebe.

Pero ¿crees que esas pobres F., M., S., P., G., hundidas en el olvido, han muerto? ¿Crees que ha vuelto a absoluta nada el modesto Domínguez del sonoro Béquer? No; viven, viven en las honduras de lo inconciente, en los abismos de los libros parroquiales o en los del Registro civil, y así como una potente conmoción puede traer a conciencia plena las profundidades inconcientes, y puede sacarse luz de la durmiente potencia lumínica de las sombras, así un genio serio, sólido, coherente, antihumorista y erudito puede deste-

rrar de los libros parroquiales de tal aldehueta un olvidado Fernández con que remozar a un pobre Lunkekwig español de aquí a doce siglos.

Y aún viven esos durmientes Fulánez otra vida intensa, profunda, penumbrosa, abismática. Pero aquí debemos detenernos como ante un misterio eleusino, y dar fin a esta descosida disertación acerca de la selección de los Fulánez, a los que, por haberlos tomado, con la mejor intención del mundo, de conejillos de Indias, pide disculpa y venia su afectísimo servidor,

MIGUEL DE UNAMUNO.

*Julio de 1903.*